

Domingo de Pentecostés (A)

Monasterio de S. Benito, Talavera de la Reina, 8 de junio de 2014

Lecturas: Hechos 2,1-11; 1 Corintios 12,3b-7.12-13; Juan 20,19-23

"Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar" (Hch 2,1)

Sabemos dónde estaban los discípulos poco antes del descendimiento del Espíritu sobre ellos, sabemos que estaban reunidos, que rezaban, que María estaba con ellos. Pero no sabemos mucho sobre *cómo* estaban. Cierto, estaban felices por la resurrección del Señor. Pero se percibe que todo lo que Jesús les había dicho y, sobre todo, la misión que les había confiado, de ir a todo el mundo y anunciar el Evangelio, bautizando en el nombre de la Trinidad a toda la humanidad, debía poner en sus corazones una cierta inquietud, una cierta preocupación. "¿Cómo haremos? ¿Lo conseguiremos? Cómo debemos o podemos afrontar el mundo entero, nosotros, pobres hombres y mujeres sencillos de Galilea, todos estos diferentes pueblos, con estas lenguas extrañas que oímos resonar aquí en Jerusalén? ¿Y cómo podremos ir contra corriente, ir contra las resistencias de los Judíos y de los paganos, de las autoridades religiosas y civiles?..."

Pienso que en el Cenáculo, aquel centenar de discípulos reunidos desde hacía nueve días, debía mirarse con una cierta aprensión. Se conocían todos bien, con sus cualidades y defectos. Y cuando nos conocemos bien, se conocen sobre todo los defectos, las fragilidades. "¡Qué pobre compañía somos! ¿Cómo podremos combinar algo bueno por Jesús?".

Describo esta escena, porque es una escena que en la Iglesia, en nuestras comunidades, en el fondo, se renueva constantemente desde hace 2000 años. Los discípulos de Cristo, cuando se miran entre ellos, si son mínimamente honestos, no pueden esconder su pequeñez y fragilidad. Un equipo de fútbol puede medir bastante objetivamente si tiene alguna esperanza de vencer o no el Mundial, y sabe que esta valoración puede basarse sobre el propio trabajo y las propias fuerzas, y sobre el trabajo y las fuerzas de los adversarios. Sin embargo, los discípulos de Cristo no tienen términos precisos de valoración, porque la misión a cumplir es infinita, y el campo de esta misión, sus modalidades, etc., no están claras y definidas con anterioridad. El día de Pentecostés, Pedro no sabía aún que tendría que ir hasta Roma. Y Santiago no sabía que no dejaría Jerusalén y moriría mártir dentro de poco tiempo.

La única cosa que está clara para los discípulos es que Jesús ha muerto y resucitado para la salvación del mundo, que permanece vivo y presente en medio de nosotros, y que nos envía, como Él ha sido enviado por el Padre (cfr. Jn 20,21).

Esta conciencia crea en los corazones y en las relaciones un espacio de espera, de pobreza, el espacio espiritual del Cenáculo de Jerusalén. Un espacio que solo la oración y la ternura fraterna recíproca llenan adecuadamente.

Este es el espacio donde irrumpe el Espíritu Santo. Este es el espacio de humilde y pobre comunión con Dios, y con los hermanos y hermanas, el espacio de Pentecostés, de un Pentecostés que no terminó aquel día en Jerusalén, sino que se renovará y continuará hasta que los discípulos serán llamados a vivir en el mundo como Jesús ha vivido: enviado por el Padre para que toda la humanidad sea salvada en Él y se convierta en la gran familia de los hijos de Dios.

El Espíritu Santo, cuando encuentra en los corazones y en las relaciones esta pobreza que desea servir al Reino de Dios, pero se siente absolutamente incapaz de esto, se da sin medida como Aquél que crea entre los hombres la comunión que eternamente anima Él entre el Padre y el Hijo en la Trinidad. El primer signo de Pentecostés es que personas y pueblos de diferentes lenguas, culturas y sensibilidades, se comprenden, comprenden a los discípulos de Jesús. La relación nueva es ante todo una relación en la que se comprende, en la que no hay barreras para la comprensión. El Evangelio se convierte en una lengua común, una cultura común, un valor común a todos. Porque el Evangelio, la Buena Noticia de Cristo, es precisamente la misma comunión de Dios, la misma caridad de Dios, que se convierten en comunión y caridad entre los seres humanos, entre nosotros. La gran obra de Dios que el Espíritu viene a establecer a través de los discípulos, a través de la Iglesia, es el Cuerpo de Cristo, la comunión de todos los hombres como miembros del único Cuerpo del Señor.

Una frase esencial del monje trapense americano Thomas Merton sintetizaba este misterio y las lecturas de esta solemnidad: "Cristo identifica místicamente sus miembros a sí mismo dándoles su Espíritu Santo".

San Pablo no se cansará jamás de anunciar esta novedad en el mundo, esta obra de salvación obrada por el Espíritu: "A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común (...). Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu" (1 Cor 12,7.12-13).

La inmensa misión que Jesús ha confiado a sus discípulos no debe, ante todo, hacernos mirar lejos, preocupados de lo que deberemos hacer o decir a extranjeros y enemigos, a los poderosos y a los sabios del mundo. La misión comienza y se cumple ya cerca de nosotros, en la comunión con el hermano y la hermana que es llamado cerca de mí y conmigo a ser miembro vivo del Cuerpo de Cristo. Solo si nos dejamos dar del Espíritu la comunión filial y fraterna, Él podrá difundirse a todo el Cuerpo, y el Cuerpo vivo del Resucitado, que es la Iglesia, podrá difundirse a toda la humanidad.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist